



ACADEMIA DE LAS CIENCIAS
Y LAS ARTES MILITARES

Comunicaciones académicas

¿Reescritura de la Historia?: ¡“Reseteo” social!

Pedro Sánchez Herráez

Academia de las Ciencias y las Artes Militares
Sección de Pensamiento Militar y Moral

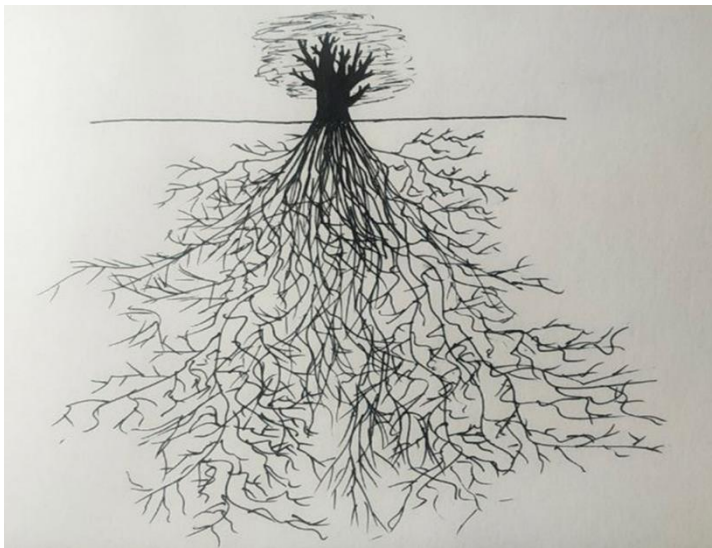
«*No hay historia sin raíces, sin cimientos*»

16 de noviembre de 2023

La importancia de los cimientos y de las raíces

En el Foro de Davos del año 2021 se proponía un *Great reset*, un gran reinicio para mejorar el estado del mundo, a la luz de las consecuencias y disfunciones encontradas a escala global por la pandemia de COVID-19, y a la conveniencia de algunos. En este Foro, el economista alemán Klaus Schwab, presidente del Foro Económico Mundial, propuso un gran reinicio de la economía mundial que posibilitara la adopción de un modelo diferente; para ello se señalaba literalmente «Las medidas graduales y las soluciones *ad hoc* no bastarán para evitar esta situación. Debemos construir unos cimientos totalmente nuevos para nuestros sistemas económicos y sociales».

Esta propuesta, centrada en la transformación del modelo económico –y, por tanto, el social– tras la pandemia, está plena de detractores y de seguidores, y las opiniones sobre dicha propuesta oscilan desde señalar que constituye el inicio de un nuevo contrato social más justo a otras que la enmarcan en una teoría conspirativa que pretende establecer una dictadura tecnológica dirigida por un club de millonarios globalistas.



No puede existir un árbol sin raíces.

Fuente: <https://filologiaclasica.es/un-arbol-sin-raices/>

Sea como fuere, y no constituye el objeto de esta reflexión valorar dicha propuesta, lo interesante de la misma es que, y como intuitivamente cualquier persona medianamente formada tiene claro, «los cimientos», aquello sobre lo que descansa todo, aunque no se vean, son esenciales para la construcción de cualquier cosa que se pretenda sea sostenible, que se sostenga y tenga una cierta durabilidad y continuidad. Y

que construir unos cimientos nuevos es esencial si se pretende modificar la estructura que reposa sobre los mismos.

Incluso, y, de hecho, más allá de ese «sustento físico», de ese papel de soportar el peso de lo edificado y mantenerlo estable, también existe, puede existir, una vertiente no tangible, y por ello quizás más profunda. Como recoge el Diccionario de la Lengua Española en su tercera acepción, cimiento es «Principio y raíz de algo», no necesariamente de algo material –y el ejemplo que utiliza el Diccionario para ilustrar esta acepción es «los cimientos de la fe»–, sino obviamente, también de algo inmaterial.

Por eso, si se quiere construir algo sólido y durable, que resista los embates de los elementos, de la vida y del tiempo, es preciso crear unos cimientos sólidos, profundos, y que, empleando un símil biológico, a modo de raíces, y aunque no se vean en su totalidad, o a veces ni se perciban, se sabe que están allí, se hunden en el terreno, en el pasado, y de él extraen parte de los elementos esenciales para la vida, para seguir creciendo y construyendo. Sin cimientos, sin raíces, no hay nada más que pequeñas construcciones, solo hay pequeñas hierbas muy sutiles que son derribadas, agostadas ante la mínima dificultad, incapaces de resistir y de mantenerse en el tiempo.

De hecho, la expresión «Hacer castillos en el aire», sentencia popular y de uso común, hace referencia a proyectos, ideas, promesas..., formuladas sin una base sólida, sin nada que lo sustente... algo sin cimientos, sin raíces, en suma. Sin cimientos, sin raíces, no se puede construir, no se puede crecer.

Las raíces de un ser humano están constituidas por el pasado, el suyo y el de los suyos. Las raíces de una sociedad están conformadas, esencialmente, por su Historia –y las historias de sus ciudadanos. Historia con mayúsculas, Historia en su total extensión, con sus grandezas y sus miserias, con sus aciertos y sus fallos, con sus éxitos y fracasos, con todo; pues todo ello es lo que nos conforma como somos, nos dice de dónde venimos y, a partir de ahí, hacia donde vamos; y siempre marcando unas pautas y referentes extraídas de las lecciones que esta Historia nos proporciona. Y, además, sin olvidar, la historia de todas y cada una de las personas, de su pasado, sus hechos, sus realidades, sus aciertos y errores... de esa intrahistoria que conforma una parte significativa, también de cada ser humano y, por sumatorio, de cada sociedad.

Por eso nada ni nadie quiere no tener raíces, ni «tenerlas escasas o malas». Estar vacío es lo mismo que no existir, ni como persona ni como sociedad; y estas personas y sociedades ceden fácilmente ante el empuje de otros que son capaces de, en ese vacío, o en ese espacio pleno de lagunas o aparentemente «mal escrito o vivido», escribir una nueva Historia e historia, y, así, dominar a personas y sociedades. Basta recordar el procedimiento de actuación de las sectas destructivas y cual suele ser la tipología de los adeptos que captan.

Pero con las sociedades, con grandes grupos humanos... debería ser más difícil, ¿o no?

La Historia como herramienta... ¿de combate?

Eric Hosbawn, el conocido historiador británico y reconocido como uno de los pensadores clave del siglo XX, señalaba que sus colegas «tienen una responsabilidad para con los hechos históricos en general, y a la hora de criticar el abuso político-ideológico de la historia en particular».

Por ello, la constatación del extraordinario poder de la Historia se hace tremendamente patente, señalando este historiador que durante una etapa de su vida pensaba que los arquitectos, los ingenieros... podían causar desastres, pero no los historiadores. Y que con el tiempo se había dado cuenta que la Historia, en manos de extremistas, «podría causar más muertes que los constructores incompetentes», lo cual dota de una extraordinaria responsabilidad a la Historia y a los que trabajan e investigan sobre ella; e, incluso continúa expresando en repetidas ocasiones, y haciendo un símil con las drogas, que la Historia es la materia prima de los extremistas, como las amapolas constituyen la materia prima de los adictos a la heroína.

Continúa diciendo que el pasado legitima, y que lo que hace a una nación es el pasado, y que lo que justifica a una nación contra las demás es el pasado... y si se tiene en cuenta que los historiadores son las personas que «producen» ese pasado... es fácil percibir el inmenso poder que estos y la Historia poseen. La Historia, y los historiadores, constituyen una ingente fuente de poder. Y por ello debe emplearse con responsabilidad.

Y si ese extraordinario poder se valora a la luz de sentimientos tales como el de «opresión», el de haber sido –sea o no cierto, basta con que exista o se implante dicha percepción– oprimido y haber estado «subordinados» a otros, incluso culturalmente (como recogen con gran solidez Perlman o Ignatieff), generando una sensación y seña de identidad de victimización, se activa un recurso tremendamente poderoso, pues esta seña de identidad permite a los que la ostentan justificar (casi) cualquier acción como respuesta para cambiar esa situación. Por ello, un determinado pasado, sea real o ficticio, unos mitos, sean reales o ficticios, una historia, real o instalada de nueva planta, puede generar cambios poderosos.

Se repite sistemáticamente, como simple ejemplo, que la figura de «victimización» fue clave para el éxito del referéndum sobre el Brexit, pese a que la fuerza de los hechos ha demostrado, y lo sigue haciendo, que es una percepción y narrativa absolutamente errónea –y, de hecho, una mayoría de británicos, según señalan todas las encuestas, desea volver a la Unión Europea. Cabe preguntarse... ¿Tan (relativamente) sencillo puede llegar a ser modificar la percepción de un grupo humano empleando una narrativa aparentemente basada en la Historia –o en una Historia absolutamente distorsionada o falaz– que incluso domine a la fuerza de la realidad, de los hechos contrastados y objetivamente probados?

La respuesta parece obvia; la Historia es una poderosa herramienta que permite cambiar el presente y condicionar el futuro. Por tanto, si se quiere cambiar el presente y el futuro, será preciso cambiar el pasado. Pero como eso no es posible... ¿Qué se puede hacer en ese caso?

Borrar la historia... ¡y hasta la intrahistoria!

No hay nada nuevo bajo el sol... y la propia Historia nos da pautas. Así, la *Damnatio memoriae*, término latino que significa, literalmente «condena de la memoria», se aplicaba en la antigua Roma como uno de los mayores castigos que se podían aplicar a alguien que era declarado como «enemigo del Estado», o que fuera tremendamente impopular o, simplemente, que el nuevo emperador quisiera que la imagen de su antecesor fuera absolutamente negativa. Una vez decretada la misma por el Senado, se procedía a la eliminación de estatuas, pinturas... donde

apareciera el susodicho «enemigo», así como se eliminaba su nombre de las monedas, inscripciones –esa acción era denominada *abolitio nominis*–. E, incluso, las leyes y las grandes obras o monumentos promulgadas o erigidas por el «enemigo» se derogaban o demolían respectivamente, o se decretaban como realizadas por el nuevo emperador. Si bien no se aplicó en una gran cantidad de ocasiones, también es necesario recordar que no necesariamente el castigado por la *Damnatio* debía ser un emperador, podía ser alguien condenado por crímenes especialmente odiosos, como la traición.

Avanzando en el tiempo, y trayendo otro ejemplo a colación, el Imperio Otomano tenía una herramienta para castigar a pueblos que se hubieran alzado contra el sultán: el decreto de desnacionalización. Dicha ley suponía que se prohibía, bajo pena de muerte –de terrible y mala muerte–, el uso del idioma propio, los trajes típicos, el folklore... Se vestía a toda la nacionalidad castigada con un sayal gris, anodino, mientras en Constantinopla los funcionarios otomanos iban borrando pausadamente de todos los libros las referencias a dicha nacionalidad, a ese grupo humano. En unas pocas generaciones, ese pueblo no solo había dejado de existir como tal, sino que no quedaba de él ni siquiera recuerdo y constancia en la Historia. Hay analistas que señalan que el genocidio armenio –y el intento de acabar con la cultura de este pueblo– cometido entre 1915 y 1923 en las postrimerías del Imperio Otomano, no deja de ser una especie de aplicación, más contundente y rápida, de ese decreto de «desnacionalización» del pasado.

Sin llegar a ese nivel de refinamiento procedimental y alcance, pero con un propósito similar, en ocasiones se plantea si la retirada de los monumentos de la antigua Unión Soviética en países de Europa del Este se enmarca en la memoria histórica o en la cultura de la cancelación. Y ese último término, relativamente novedoso, cultura de la cancelación, hace referencia a generar una suerte de ostracismo, de aislamiento a personas o entidades por haber dicho o hecho algo que no se considera –por determinadas tendencias– correcto, sea o no cierto. Y se plantea si la eliminación de símbolos como parte del borrado de la Historia puede abordarse –o incluso realizarse– desde la óptica de esa cancelación, pese a que incluso una ley posterior pueda decretar ese vestigio del pasado como algo «ilegal».

En marzo del año 2001 los talibanes, grupo islámico, integrista radical de Afganistán, volaron por los aires las impresionantes esculturas –55 y 38 metros de altura– de los Budas de Bamiyán, sitas en la antigua ruta de la seda, excavadas en la pared de un acantilado y que contaban con más de 1.500 años de antigüedad. Fueron destruidas por no ser acordes a la ley (islámica) que regía en ese momento en el país. Esta destrucción desató una oleada de repulsa y rechazo a escala global y como reflexión, como simple ejercicio de análisis objetivo ¿la respuesta es

siempre la misma, y a la misma escala, ante otros intentos de borrar el pasado justificándolo con leyes del presente?

Esa acción de borrado puede ejecutarse no solo con la Historia con mayúsculas, también con la intrahistoria, la historia conformada por las realidades, las obras, los hechos... de todos y cada uno de los seres humanos que conforman un grupo.

Así, las revoluciones –con las que se pretende cambiar el orden social– o las grandes protestas violentas –que pueden ser los prolegómenos o intentos iniciales de una revolución– suelen tener entre sus objetivos la destrucción de elementos del pasado, el borrado de la etapa anterior para, sobre ese «folio en blanco», exhibir una nueva narrativa, una nueva Historia pasada, y así poder conformar una nueva realidad actual y condicionar más fácilmente el futuro. Y no solo acabar con aquello que se puede identificar más o menos «fácilmente» como Historia, sino incluso cuestiones aparentemente menores, de la intrahistoria –ese término acuñado por Unamuno, para hacer referencia a la tradición, a la vida tradicional, a aquello que, estableciendo un símil, no aparecía en los grandes titulares de prensa pero que, sin embargo, conformaban la auténtica realidad y la vida real de una nación–, como manera de laminar todo hasta extremos que difícilmente pueden ser imaginables en una situación de estabilidad.

Por ello, registros, archivos documentales, libros parroquiales, censos... todo aquello que pueda dar constancia y fe de alguna parte del pasado –y que afecta al presente– suelen ser objeto de la furia de los alborotadores, de los revolucionarios. Aunque pueda parecer sorprendente.

En Albania, en el año 1997, en el marco de la crisis generada por una estafa a nivel nacional –que arruinó aún más a la población más pobre de Europa, en un país regido en ese momento por grupos mafiosos– y que llevó a unos desordenes tan graves que se temió por el estallido de una guerra –tanto fue así que la OSCE activó la operación Alba, en la que participo España– determinados grupos asaltaron gran cantidad de registros, universidades, oficinas... todo lo que constituye el armazón y las raíces de un país, todo lo pudiera servir para establecer la vida y el status de las personas a todos los niveles –desde los títulos de propiedad hasta los certificados académicos, pasando por libros de nacimientos, censos, antecedentes penales, etc.-- pues así, privados de ese ancla de realidad que es el pasado, y privados de todo lo obtenido en el pasado, sería mucho más fácil lograr el dominio total del país y «reorganizarlo» al servicio de los intereses de unos determinados grupos.

Y, más recientemente, en junio del año 2023 en Senegal, los enfrentamientos entre los partidarios del líder de la oposición y las fuerzas de seguridad se saldaron, además de con otras consecuencias, con la destrucción de más de 200.000

documentos de la Universidad Cheij Anta Diop, nombrada en ocasiones como «el templo del conocimiento de Senegal», lo que no es una cuestión baladí ni casual; en un planeta en plena reconfiguración y con las grandes potencias pugnando por establecerse en esa zona clave del planeta como es el Sahel y el golfo de Guinea. Ir eliminando el pasado, ir acabando con la Historia y la historia facilitada, en grado sumo, la conformación, la instalación de un nuevo futuro que será, sin duda, favorable a los intereses de determinados grupos o potencias.

Pero no siempre es factible borrar, no siempre es posible dejar completamente en blanco el pasado, cortar completamente todas las raíces, eliminar todos los cimientos. Tampoco es siempre factible –ni deseable– hacerlo de manera violenta. Resulta más fácil, más sencillo y menos evidente hacerlo poco a poco, reescribiendo y reinstalando partes del mismo, hasta que, en un cierto plazo, el basamento de esa sociedad sea completamente distinto. Sin violencia física, se puede llegar a *resetear* una sociedad.

La clave para resetear... ¡reescribir!

En el Diccionario de la Lengua Española no figura el término *resetear*, dicho término procede del anglicismo *reset*, que el diccionario Webster indica que tiene las siguientes acepciones: establecer o fijar de nuevo, cambiar la lectura (de algo) a cero. Y aunque en español el término más o menos equivalente es «reiniciar» - cargar de nuevo el sistema operativo en una computadora u otro dispositivo electrónico-, el término *reseteo* está ampliamente difundido. Y las acepciones de éste en inglés dan cuenta de la vía de actuación.

Dado que, como señalaba Thomas Jefferson, la Historia es el único laboratorio que tenemos para probar las consecuencias del pensamiento, resulta necesario proporcionar, a los ciudadanos, esa gran cantidad de experiencia humana acumulada, que incluye como se ha hecho frente a problemas y adversidades, y mostrando las consecuencias de las decisiones adoptadas. Y, además, este conocimiento proporciona a las personas, a los ciudadanos, identidad, tanto colectiva como inicial, al enmarcar la vida de cada persona en una corriente temporal, a modo de cadena de la cual todos y cada uno somos parte de sus eslabones.

Por ello, y como señala Prats, la Historia y su enseñanza no debe considerarse como un conocimiento auxiliar de otras ciencias sociales, ni tampoco debe ser despedazada en «historietas» (sic.) con la pretensión de proporcionar una suerte de rigor a cualquier tema, y ni tampoco ser instrumentalizada como elemento ideologizante y asumida de manera acrítica.

Por ello resulta tan importante, y por ello resulta tan atractivo –y tan eficaz y aparentemente inocua– la reescritura de partes y de elementos, el borrado ostentoso de algunas raíces, de algunas partes de los cimientos sociales... y la sutil modificación, paulatina y progresiva, de pequeñas partes cuyo efecto final es, por medio de un gran y paulatino sumatorio, reescribir el todo.

Así, y en algo tan aparentemente inocuo como la literatura infantil-juvenil –que no deja de ser acervo e historia y contribuir a conformar determinadas ópticas y percepciones de las generaciones presentes y futuras–, traer a colación las obras de Roald Dahl, autor que, pese a que murió en 1990, sigue contando con uno de los mayores índices de ventas de libros infantiles en el Reino Unido –y en otras naciones. Hoy día, sus obras se ven sujetas a un proceso de revisión, y que bajo el mantra de la «sensibilidad actual» –que para muchos críticos y analistas de arte no es más que una derivada extrema de lo «políticamente correcto»– lo que se acaba haciendo es cercenar el pensamiento para que quede, finalmente, solo una determinada óptica y visión de la vida. Con títulos como *Charlie y la fábrica de chocolate*, *Matilda* o *Las brujas*, en las últimas ediciones, como se señala en un artículo de la BBC, ciertas editoriales –no todas– han borrado o modificado referencias a la apariencia o al peso del personaje, con el argumento de actualizarlas para adecuarlas en mayor medida a un público más moderno.

Ante este hecho, que cuenta con algunas opiniones a favor y muchas en contra, cabe destacar la del también escritor Salman Rushdie –el autor de la obra *Versos satánicos* y que fue condenado a muerte por el ayatolá Jomeini por escribir dicha obra, alegando que era ofensiva para el islam–, que abiertamente habla de censura absurda y de que los encargados del legado de Dahl deberían estar avergonzados.

Fontana dice «la Historia es un arma para los combates de hoy y una herramienta para la construcción del futuro». Y, por ello, reescribiendo, aunque sea poco a poco la Historia, incluso las historias de todos y cada uno, a lo que se contribuye finalmente es negar ese aprendizaje esencial que evitaría reiterar los mismos errores, a evitar ser consciente de las consecuencias de determinadas decisiones adoptadas y a modificar la identidad individual y colectiva. Cambiando las raíces, el árbol será distinto, será otro. Y para ello, para *resetear*, muchas veces basta, simplemente, con ir reescribiendo. Poco a poco.

Conclusión

La contribución de la Historia –y de la historia– al sentido de pertenencia, a la construcción de una memoria colectiva y al desarrollo de valores identitarios es capital; por tanto, las sociedades, los grupos humanos, necesitan conocer su pasado para desarrollar un sentido de pertenencia, de identidad. Y es preciso tener

absolutamente claro que en ese pasado se encuentran, se pueden encontrar, episodios tanto épicos como otros que no lo son tanto, incluso luctuosos o potencialmente vergonzosos –si bien también es preciso contextualizar adecuadamente los hechos, sus causas y consecuencias, pues no resulta factible realizar valoraciones del pasado con los patrones de medida del presente. Y negar la existencia de dichos hechos, borrarlos y eliminarlos, intentar que ni siquiera hayan existido y desaparezcan del recuerdo y de la propia Historia lo que impide, real y simplemente, es emplear esa fuente de conocimiento excepcional como es la Historia, que posibilita, y posibilitaría, evitar la repetición de errores.

Quien olvida su Historia está condenado a repetirla, frase atribuida a varios autores, y que puede encontrarse, como una especie de consejo ¿o maldición? en el bloque número 4 del campo de exterminio de Auschwitz, donde más de un millón de personas fueron exterminadas para intentar borrar todo rastro de su existencia.

¿La «modernidad» y el «progreso» significa que es factible avanzar obviando la Historia? Ya ha habido otras etapas en el pasado, algunas muy recientes, en las que incluso se ha proclamado «el fin de la Historia», pero esta, tenaz, siempre vuelve, y se vuelven a beber cálices amargos que podrían, quizás, haberse evitado estudiando y recordando esa Historia como poderosa herramienta social.

Por ello resulta tan rentable un *reseteo*, una reinstalación de una «Historia a medida», pues de esta manera el árbol social crecerá como deseen los que controlen la narrativa sobre el pasado. Y privados de un pasado real, no existe un futuro real, existe el futuro que otros desean que exista. Y no necesariamente para el bien social. Y ello puede hacerse, simplemente, reescribiendo, aunque sea «a pocos», el ayer.

Nota: Las ideas y opiniones contenidas en este documento son de responsabilidad del autor, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares.

© Academia de las Ciencias y las Artes Militares - 2023